

## COMO ARTISTA LATINOAMERICANO SOY PORTADOR DE SERES QUE ARRASTRAN UN SILENCIO DE SIGLOS: ENRIQUE BUENAVENTURA

### EL ORO TENIA QUE LLEGAR...

SR. MILLAS (Presidente). Ofrezco la palabra. Tiene la palabra don Enrique Buenaventura, de Colombia.

SR. BUENAVENTURA. Yo voy a referirme un poco a la intervención de quien ya puedo considerar como mi amigo, el señor Miró Quesada. El se refirió —muy difícil repetir, por tratarse de un contexto tan complejo y tan redondeado, pero voy a tratar de recordar la idea principal— se refirió a que Europa equivocó su destino; que siendo cristiana, se portó como anticristiana y que siendo humanista, se portó como imperialista. Se refirió a la Europa que nos conquistó, a la Europa cristiana en la época de la Conquista; pero yo creo justamente que una característica de la cultura occidental, si tiene alguna, es que las ideas sirven a la demanda contradictoria de los intereses.

Esto, a mi entender, sucede en todas partes, pero en Europa, la dinámica contradictoria de los intereses es muy grande. En Oriente, por ejemplo, en los grandes imperios de tipo clásico, las ideas reflejan un statu quo más o menos estable y a su vez lo mantienen; pero en la dinámica de intereses que se crea en Europa —por razones que no podríamos ahora ahondar— las ideas siguen a estos intereses y es natural que las ideas reflejen esos intereses, que sean tan contradictorio como otros intereses. Esa no es la manera de separar las ideas de esos intereses. Tomemos, por ejemplo, la Malinche; la Malinche tan vilipendiada, que se convierte en México en un mito, en una especie de modelo de apatrida, de traiciones, etc. Sin embargo, en la cuestión de la historia de la Malinche, vemos que esta mujer fue la que comprendió realmente que con el conquistador no había otra cosa que hacer sino acostarse y tener hijos, porque había que aceptar esa fuerza mayor que venía y tratar de asimilarse lo mejor posible. Ahora, al cabo de siglos, nosotros pensamos que si nos planteamos un análisis real, tendríamos que reivindicar a la Malinche.

El Padre Las Casas, por ejemplo, alrededor del que ahora hay tanta discusión... Estudiando y estudiando bien al Padre Las Casas, yo vine a descubrir que él planteaba la Alianza para el Progreso del siglo XVI. El Padre Las Casas, con todas las ideas cristianas, ¿qué defiende en el fondo, qué plantea? Con un gran avance social, el Padre Las Casas dice a sus compatriotas,

los conquistadores: "Ustedes están acabando con la mano de obra, ustedes están terminando con la gente de trabajo". Con esas ideas cristianas, hay que defender a esta gente de trabajo, porque si no, el imperio no puede producir aquello que necesita. Entonces el Padre Las Casas utiliza para defender —yo no digo que lo haga de una manera absolutamente consciente— a este pueblo. Es decir, se trata de que los amos no destruyan la mano de obra que explotan. Que la explotación no llegue hasta el punto de que se mueran los explotados, porque entonces ya no puede haber explotación y esto se vuelve un problema.

El mismo Padre Las Casas, con todo su bagaje histórico extraordinario, con todos sus conocimientos del cristianismo, siendo un paladín de lo mejor del cristianismo, cuando el Rey —digo el Rey para no relatar en detalle cómo fue el hecho histórico— cuando el Rey le propone la traída de los negros, acepta la traída de los negros. Se le ha calumniado, cuando se dice que él hizo traer a los negros; no tenía poder para eso. Pero si él aceptó la traída de los negros, ¿fue la claudicación? Sí, pero las ideas están pegadas a los hechos históricos, están pegadas a las realidades de la vida, están pegadas a los intereses y a la lucha de los intereses. En el momento en que las separamos, se nos confunde el panorama. Por lo menos a los artistas, yo no sé si a los filósofos; pero a mí se me confunde el panorama.

Es en cada progreso, en cada idea positiva —o que al correr del tiempo nos resulta positiva— que nos trajeron los europeos, o que ellos mismos pusieron en práctica para sí, que hay un aspecto positivo y otro negativo. Con una mano hacían avanzar la historia y con la otra explotaban y golpeaban a los pueblos. Y no pudo ser de otra manera.

El otro día, viendo un grabado muy lindo en un libro de Livingstone, en Africa, decía abajo: "El pensador, filósofo... (y después venía una serie de títulos que le daban a Livingstone, que en ese momento se veía al centro de una aldea africana, abrazándose con Stanley) decía al final: "y comerciante". Era comerciante, claro, y si no, ¿cómo habría podido llevar todas esas ideas, todas esas cosas al Africa? Hubiera podido descubrir Africa y el corazón de Africa para Europa, si no hubiera sido comerciante, si no hubiera llevado la representación de unas cuantas casas inglesas. Sí señor, y ahí, junto con descubrir el corazón del Afri-

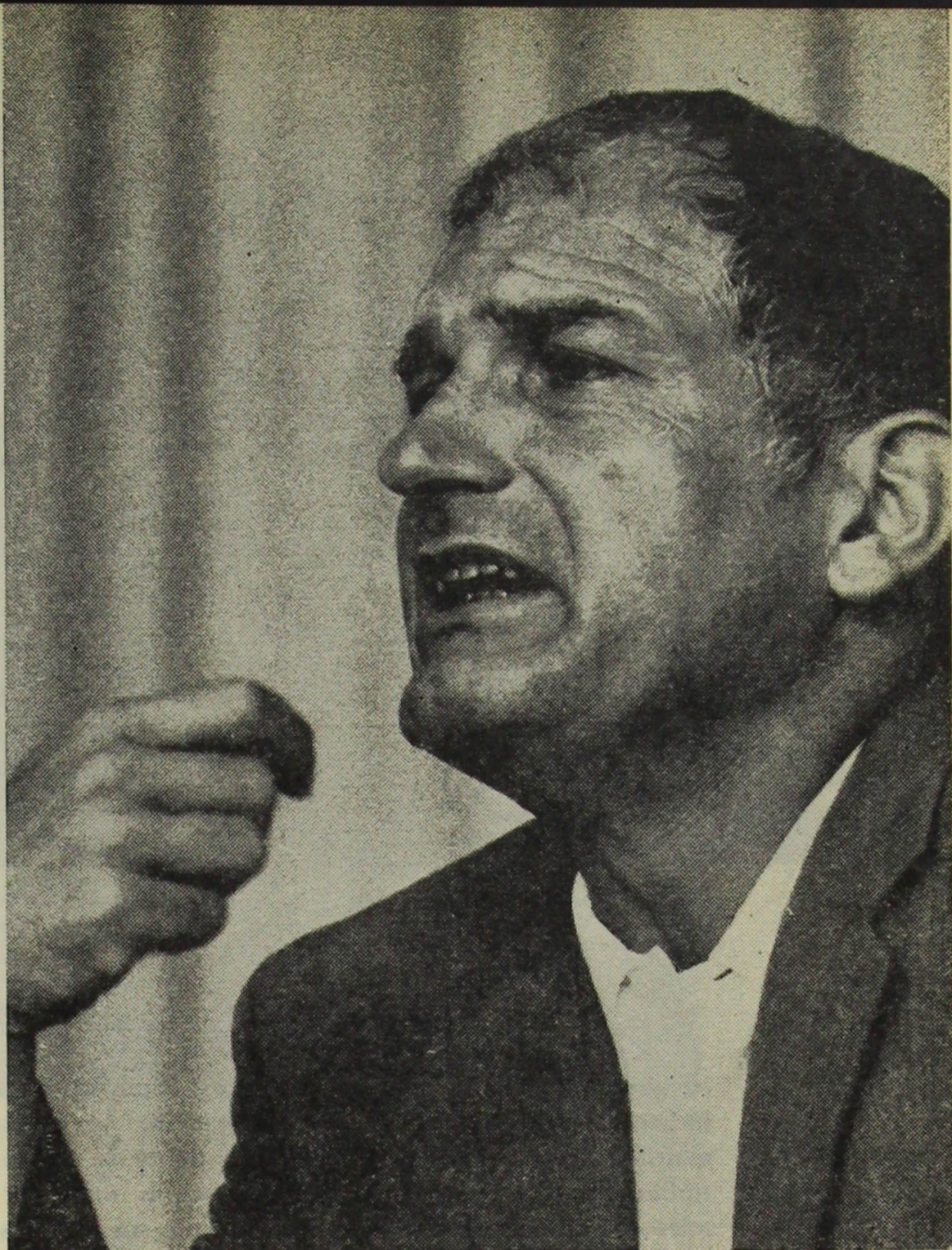


ca, aumentó de una manera terrible la explotación de miles de negros, pero también incorporó Africa al mundo moderno y aceleró, en cierta medida, todo el proceso africano.

Con una mano hacemos una cosa y con la otra, lo contrario. Tratemos de ahondar en estas ideas de Miró Quesada, cuando habló de dos Europas: la de los conquistadores y la de los humanistas: ¡es lo mismo! Acaso porque cuando el conquistador llega a México y ve la ciudad desde arriba, no se da vuelta a ver lo que está al lado y dice: (“ininteligible en la grabación magnetofónica”)... “está hablando en romance, tenía mucho de humanista y los conquistadores de ese tiempo tenían mucho de humanistas también, sabían de literatura, escribían”. ¡Era lo mismo! El conquistador no era más que el otro brazo del humanismo. Ahora nosotros queremos convertir al humanismo en un manojo de ideas. El humanismo no es un manojo de ideas, es un manojo de intereses. Porque la humanidad no puede avanzar sino en base a los intereses, a los intereses de la gente, pues los humanistas defendían y atacaban la explotación de los indios. Muy bien, la atacaban en general, con conceptos jurídicos importantes, pero, ¿cómo la atacaban? ¿De dónde comían los humanistas? El imperio se nutría, ¿de dónde? El Rey se nutría, ¿de dónde? ¿De dónde comían los humanistas? El humanista come.

Todo esto está muy bien, “que no maten a los indios, que no los exploten”... “porque Cristo, porque Dios”... ¿Y el oro? Claro que el oro tenía que llegar, porque si no, entonces no hay la universidad, no hay los medios de comunicación, no hay el desarrollo que necesitaban los humanistas y el desarrollo en todos los campos se estaba haciendo con ese oro que venía de la explotación.

Yo no veo cómo se puede separar esto. Después también Monteforte separó los enciclopedistas. Los enciclopedistas planteaban fundamentalmente —no voy a decir nada nuevo— que haya libertad de comercio, desarrollada luego en montones de ideas y desarrollos filosóficos. Y el proceso tenía que ser un proceso de los humanistas. Los enciclopedistas, por una parte estaban dándole armas a nuestra burguesía criolla para tomarse las tierras, para instalarse en el poder y para usufructuar, etc., pero también estaban dándole las armas de nuestra libertad. Al mismo tiempo, es por su libertad que el pueblo luchaba en medio de toda esa confusión. Con esto ocurre como con el vapor, como con la máquina de tejer. Ustedes recuerdan que una máquina de tejer en Inglaterra desplaza a miles de obreros y los obreros hacen una huelga contra esa máquina de tejer. En ese momento, esta máquina de tejer los perjudicó a ellos, pero en realidad la máquina de tejer era necesaria.



Enrique Buenaventura, de Colombia: “Yo no sé si Camilo tiene la razón. ¿Quién de ustedes sabe si Camilo tiene la razón? Lo que sé es que él tuvo que agarrar una ametralladora, porque en su conflicto con Cristo, con los problemas, con todo, optó por esto último”

Miró Quesada terminaba hablando de un destino occidental. Esto es lo que me parece más complicado; lo del destino occidental. Si por tal se entiende la realización concreta del humanismo, que es el derecho de todos los hombres a la dignidad humana, a las conquistas de la técnica, etc., yo estoy de acuerdo con eso, no sólo para América, sino para el mundo entero. Pero en el Perú, por ejemplo, hay masas calladas de indígenas por siglos, que ya empezaron a hablar hace rato en la boca de algunos novelistas y poetas, como Arguedas, que hasta cantan las canciones de esas masas, pero, ¿podemos nosotros decir que son occidentales? Cuando esas masas lleguen a hablar un día —tendrán que hacerlo— lo que dirán, ¿será occidental? Me parece difícil. Yo no lo sé. Si han estado calladas, se han guardado cosas que nada tienen que ver con Occidente: lenguas, expresiones, concepciones del mundo, montones de cosas que nacen y que van cono-





En una finca del valle de Azapa, las autoridades de Arica ofrecieron comida regional a los delegados. Se animó una fiesta llena de color. Vemos aquí a Arturo Medina, Director de los Coros Polifónicos de Concepción, bailando una cueca con la folklorista chilena Raquel Barros

ciendo. Fíjense ustedes que una vez llegaron unos indiecitos de las Huajiras de Bogotá; iba yo en la manifestación, una manifestación de no sé... de estudiantes..., en fin, no sé. Les pusieron unos carteles a los indiecitos y ellos fueron con sus carteles, sin saber nada y llegaron a la plaza. Un periodista le hizo preguntas al cacique, le hizo un reportaje sobre qué le parecía Bogotá. El cacique le respondió: "Sí, a mí me parece muy bien; tan lindo, los carros, los automóviles... hay mucho movimiento y muchos edificios muy grandes, pero, ¿qué hacen ustedes con todo esto, qué harían ustedes con todo esto —dijo el cacique— si nosotros no hiciéramos salir el sol todos los días?

Entonces, ¿qué son esos tipos occidentales? Claro que a la mayoría se les ha occidentalizado a la fuerza; a los pieles rojas, por ejemplo, se les occidentalizó del todo.

Cuando la cultura occidental haya logrado su finalidad de que todos los hombres tengan acceso a las conquistas técnicas, que para mí es lo real de la cultura occidental; que todos los hombres tengan una dignidad humana, acaso, no tendrá que volverse a viejas sabidurías indias, americanas, por ejemplo, o a las viejas sabidurías hindúes, japonesas, chinas. Tendrá que volverse hacia eso de una manera mucho más clara, porque eso servirá a todos.

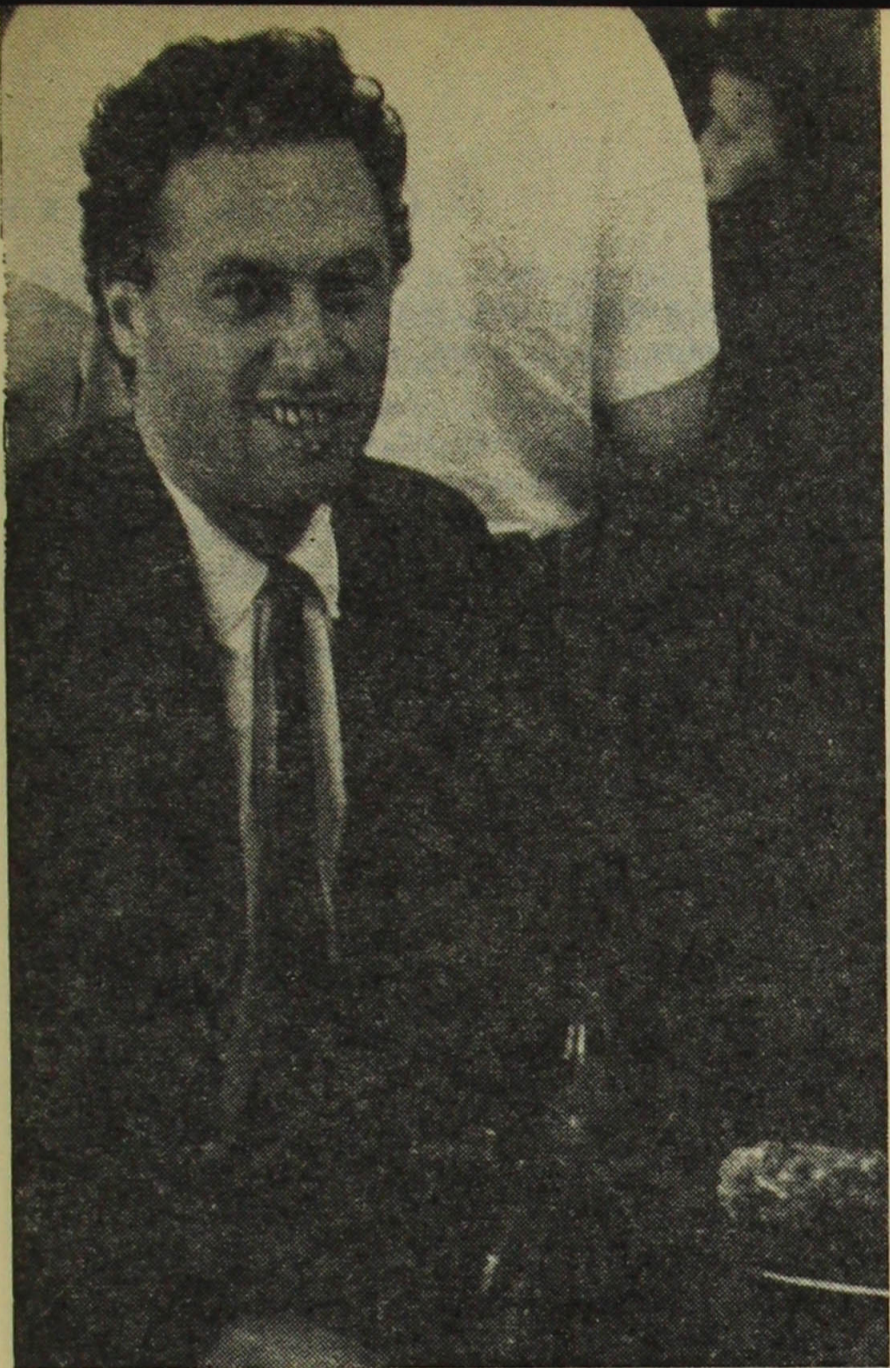
Luego, cuando pasa al presente, Miró Quesada plantea el problema de que es necesario un cambio en América Latina; esto lo sentimos en todas partes. El advierte —no sé si oí mal— que ese cambio no puede

hacerse con violencia; en realidad, es verdad que yo tampoco quisiera que se hiciera con violencia.

Una vez, en una revuelta que hubo para tumbar a Rojas Pinilla en Colombia —un movimiento más o menos dirigido por los burgueses para tumbar la dictadura de Rojas Pinilla— el día 10 de mayo, el pueblo que es mucho más vivo de lo que uno cree, se dio cuenta de que no iba a sacar mucho de aquel movimiento y que, mientras se festejaba la revuelta, ellos podrían matar unos cuantos pájaros (pájaros le llaman allá a los asesinos del pueblo, a los detectives, gente que mata a sueldo). El pueblo se dio cuenta que mientras se festejaba, ellos podían cuidadosamente liquidar unos cuantos pájaros. Un grupo decidió ir a buscarlos a sus casas; los agarraban, los mataban, les abrían la barriga, le ponían gasolina y le prendían fuego, y todos alrededor veían arder al pájaro. A mí me pareció terrible eso.

Pues bien, estaba yo en una esquina de un hotel muy grande, llevando algo en el brazo que decía "Universidad". Los universitarios estaban en la calle tratando de organizar las cosas, el movimiento —aunque específicamente nada tenía que ver éste con la Universidad. De pronto, viene un tipo despavorido, al que perseguía toda la multitud y se metió al hotel. Entonces yo paré la gente —no sé cómo, pero la paré— y les dije: "Un momento compañeros" y la multitud me contestó: "Es un pájaro". Y yo: "Bueno, si es un pájaro, yo se los entrego, hay que hacer justicia". Entré a hablar con el señor; el tipo se tambaleaba, tenía la cara tumefacta —ya le habían dado una serie de gol-





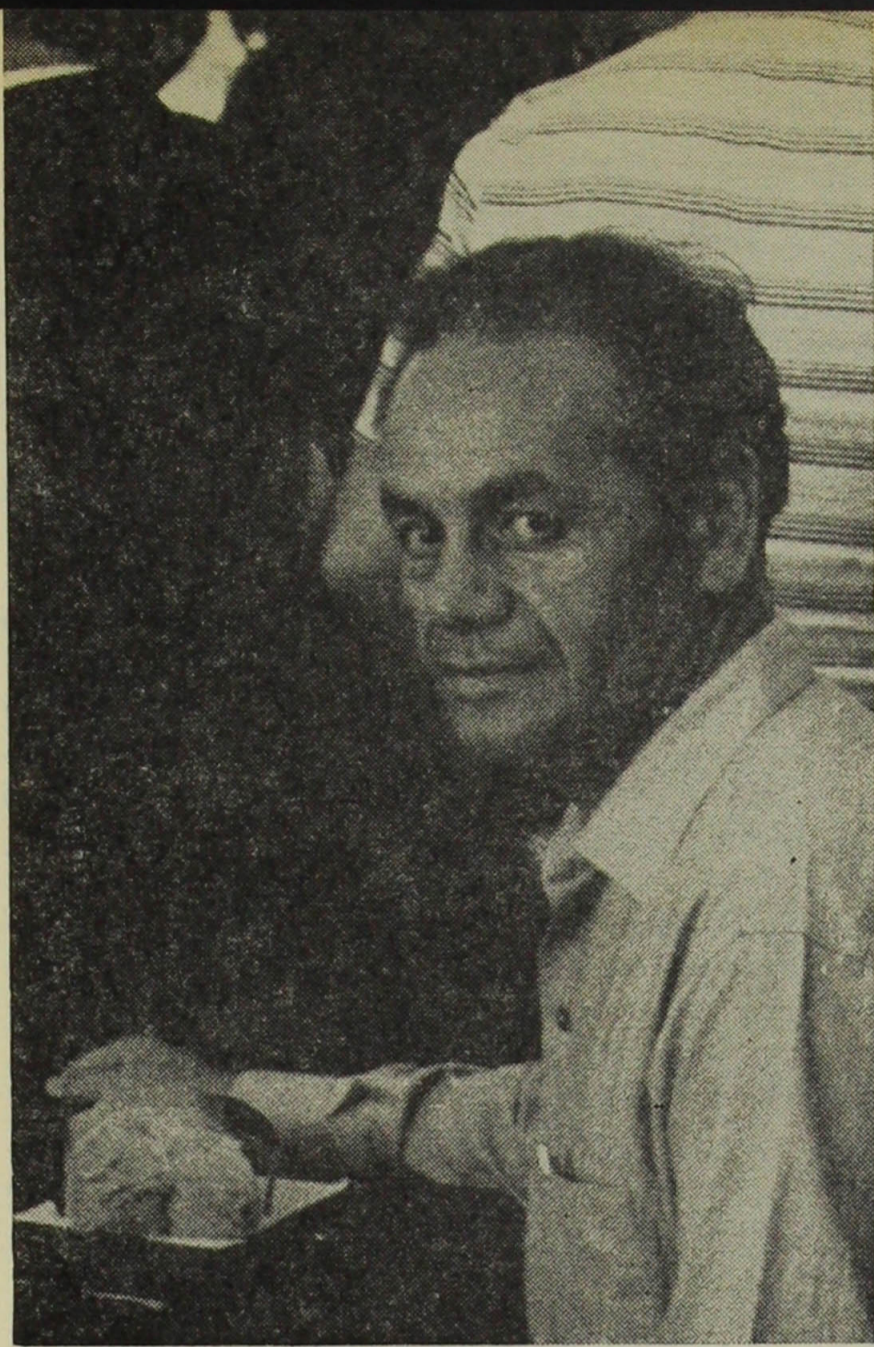
Enrique Lihn, poesía refrescada con pilsener

pes— estaba arrodillado en el suelo, lloraba y le dije: “Bueno, identifíquese, a ver, ¿quién es usted?”. El tipo se identificó más o menos; el tipo era pájaro. “Era” —digo— pero yo no podía entregarlo. Pasó un cura amigo mío, Sergio Arboleda —un gran tipo— por la puerta del hotel y lo llamé: “Sergio, ¡qué hago!”. El me contestó: “Que el pájaro de su destino no se dé cuenta”. Este es el problema. Bueno, yo ya tenía ese problema terrible, tenía que salvar al pájaro, porque si no, ¿qué hacía? Llamé una ambulancia, hice un lío, me disfracé de médico y lo saqué de ahí. Pasan muchos años, hay más gente asesinada y un día voy a un sitio de policía y este pájaro está otra vez en el mismo sitio y otra vez con el cargo de asesinato. El pueblo estaba haciendo una real injusticia y yo me metí, tenía que hacerlo en nombre de Sergio Arboleda, que decía “que no se dé cuenta”.

Yo quisiera estar de acuerdo con otro cura colombiano, con Camilo Torres (1).

Bien, este cura es Camilo Torres, profesor universitario, hombre muy valioso, sociólogo. Este cura estaba diciendo una vez un discurso político en Cartagena, cuando ya se había lanzado totalmente a la política. Los cartageneros, los de la costa atlántica de Colombia, son gente muy tranquila, negros, muy apegados a la vida. Camilo decía en su perorata: “Las injusticias en este país son grandes, son terribles, la masa

<sup>1</sup>Cuando Enrique Buenaventura nos contaba esto en el Congreso de Arica, el cura Camilo Torres no había sido asesinado aún (N. de la R).



Nicanor Parra ¿compondrá alguna vez antiarica? Lo homenajearon los poetas ariqueños

Eliseo Pérez Cadalso, de Honduras: “En menos de 15 años, hemos resucitado 150 años de separación, nosotros los centroamericanos” (también se sitúa dentro del marco de la OEA)





hambrienta..." y seguía Camilo: "...y porque es necesario acabar con esta oligarquía terrible...".

Los indios, que lo oían, contestaban: "Sí, tiene toda la razón".

"...Y si es necesario, para acabar con esto, llegar a la revolución y morir, moriremos...".

Y los indios contestaban: "¡Que se mueran...!".

Este cura luchó porque no hubiera violencia, luchó terriblemente, hizo todo lo que pudo. Anduvo con los bandoleros convirtiéndolos, no sólo en el aspecto cristiano —porque todos los bandoleros eran cristianos— sino convirtiéndolos en ciudadanos honestos, tras una lucha terrible. Pero, ¿qué pasó con Camilo? El tiene ahora una ametralladora y está en la guerrilla. Yo no sé si Camilo tiene la razón. ¿Quién de ustedes sabe si Camilo tiene la razón? Lo que sé es que tuvo que agarrar una ametralladora, porque en su conflicto con Cristo, con el pueblo, con los problemas, con todo, optó por esto último. No sé si Camilo es cristiano, ¿era cristiano echar bendiciones por todo el país mientras el problema seguía caminando? No sé qué es más cristiano. No sé si Camilo tiene razón. Lo que sé es que es muy difícil optar o elegir en esos problemas. Sé también que de todas maneras, los caminos teóricos —por lo menos a nosotros, los artistas— como que casi, casi no nos arreglan nada. Nada más. (Aplausos).

### *¡QUE NO NOS SAQUEN DE AMERICA LATINA!*

SR. MILLAS (Pres.). Ofrezco la palabra. Tiene la palabra el señor Enrique Buenaventura, de Colombia.

SR. BUENAVENTURA. Yo voy a tratar de resumir algunas de las polarizaciones o discrepancias que me han parecido más notables a lo largo, perdonenme ustedes, de casi todas las intervenciones, no solamente de las de hoy.

Una de las polarizaciones que venían notando en el Congreso y que, felizmente, un político ha terminado prácticamente con ella, es la que estaba existiendo entre políticos y apolíticos en el Congreso. Es decir, artistas partidarios de enfrentar el problema político latinoamericano y artistas partidarios de hablar de nuestras especialidades, dejando de lado toda cosa que pueda tener el menor color o cariz político. La intervención feliz y extraordinaria de un político, nos hizo pisar el suelo. En realidad, es verdad que todos tenemos ideologías políticas diferentes aquí, porque aún los que se llaman apolíticos las tienen, puesto que el apoliticismo es la política que mejor puede servir al mantenimiento de un statu quo. Lo que sí podemos hacer nosotros, al encarar el problema político, es no encararlo desde estos antagonismos particulares, sino

tratar de encontrar una posición total, un acuerdo mínimo sobre unas bases determinadas frente al problema político.

Nosotros estamos tratando de que los políticos y los dueños de la economía nos oigan y nos tengan en cuenta, pero si nosotros mismos hacemos campo aparte, no nos va a oír ni Dios. No podemos pedir, exigir una participación en la vida de nuestros pueblos de Latinoamérica, si no tenemos posición frente a la vida, la cual está determinada por la política y la economía. Las conclusiones de este Congreso no podrán, pues, eludir una toma clara de posiciones en lo que atañe a lo político y a lo económico.

En una ocasión, yo tenía que montar una pieza clásica, el "Edipo Rey", en Colombia. Ustedes saben que en Colombia tenemos un problema muy grande de bandoleros y de guerrillas. En aquellos días había un grave problema de bandoleros en mi región y había un bandolero muy conocido, que se llamaba "El Mico". Yo fui donde el Gobernador a pedirle cinco mil pesos para montar "Edipo Rey" y más o menos le expliqué quién era Sófocles y "Edipo Rey" y la importancia que esa pieza podía tener, etc. El Gobernador, muy parsimonioso —un caudillo político muy malicioso y muy típico nuestro— me escuchó, aparentando que no me escuchaba. De pronto lo llamaron por teléfono, entonces él habló más o menos secretamente, porque era un problema de Estado, cortó el teléfono y me dijo: "No ve, Enrique? Ud. hablándome del "Mico Rey" y acaban de agarrar al "Mico". ¿Cómo podemos, pues, separar el problema del Mico y de Edipo Rey? No podemos separarlo en América Latina. El problema ese es palpitante y tenemos que encararlo.

Otra polarización que ha habido también en el Congreso, una polarización muy vieja que me ha extrañado que se vuelva a presentar aquí, porque los hechos la han superado completamente, es la polarización entre universalistas e indigenistas. Yo creo que no puede existir esa polarización. Si nosotros queremos hablar de la importancia de las culturas prehispánicas y de las culturas indígenas vivas, de las cuales nos olvidamos a menudo, es mejor que volvamos la cabeza hacia un novelista que está aquí, Arguedas, que es la demostración viva y concreta de la importancia de las culturas indígenas en nuestros países. Alguien decía que no habláramos de eso, porque eso nos iba a separar. En realidad, lo que debíamos obtener era una comunidad de modelos, para fijarnos en ellos; esa comunidad de modelos nos iba a ayudar a ser una comunidad americana. No; nosotros somos una mezcla y en la medida en que seamos esa mezcla, en esa medida seremos América, y en esa medida seremos nosotros mismos. En la medida que aceptemos esa mezcla.



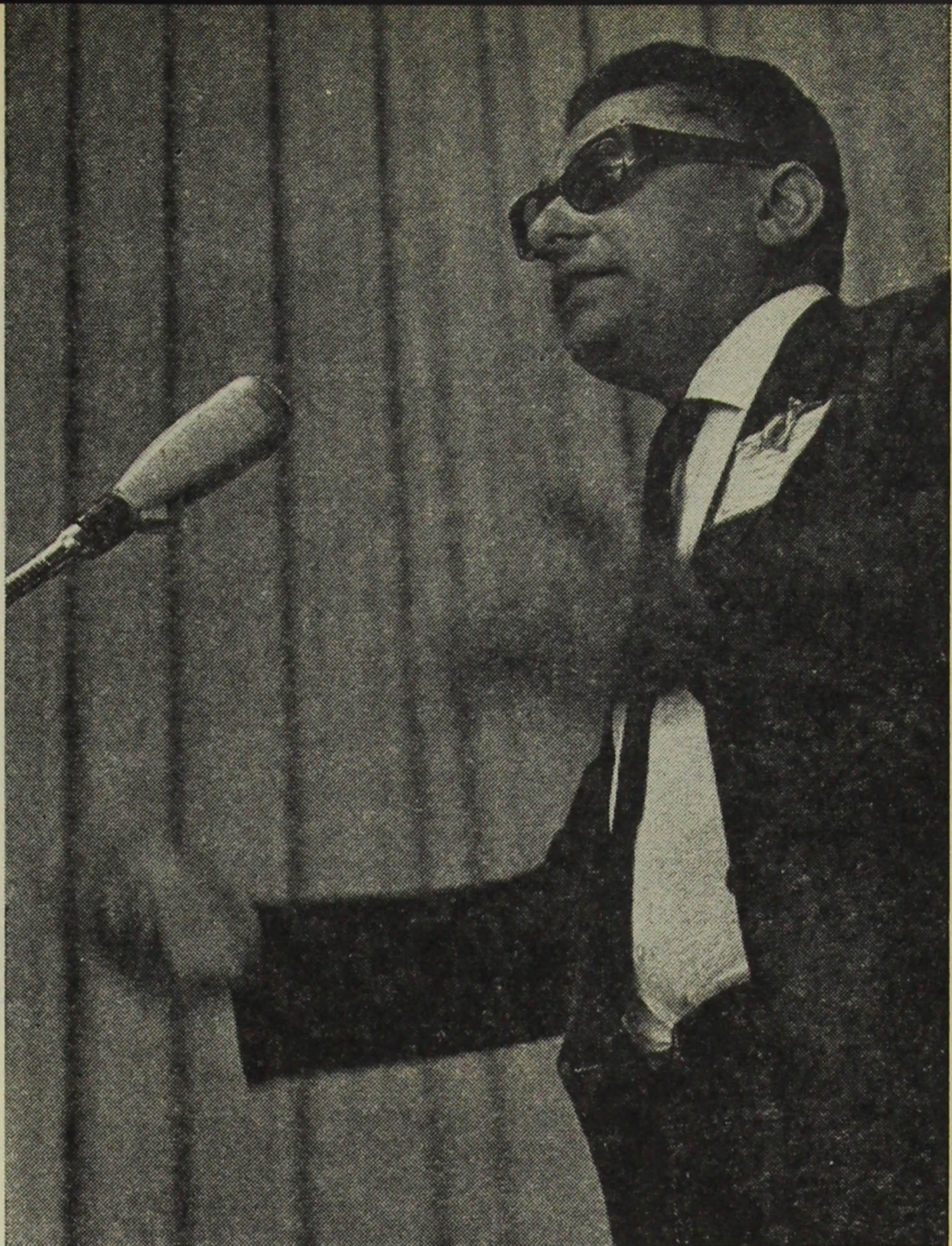
Fíjense ustedes que yo oí decir por allí, que si estando en China uno se encontraba con un noruego, inmediatamente lo abrazaba con gran cariño como a uno de su misma especie. Sin embargo, a mí me había pasado lo contrario: estando yo en Japón, en un Congreso como éste —menos efectivo, pero más o menos— vi a un japonesito que me llamaba insistentemente; yo me asusté, pero el japonesito volvía a llamarme, entonces, cuando fui donde el japonesito y a él me arrimé, me dijo:

“¡Qu’iubo mano, por poco no se acuerda!”.

Era un actor mexicano que había pasado por Colombia y había vivido en mi casa, pero era tan parecido a los japoneses, que yo no hice la menor distinción. Luego me dijo: “Bueno hermanito, ¿vamos a almorzar?”. Me llevó a su casa y cuando llegué ahí, se abrió la puerta y vino una señora japonesa y me quitó los zapatos. Era su mujer. De pronto descubrí que este actor mexicano estaba en Japón perfectamente integrado por sus ancestros y se integró mucho más al Japón, que a Uruguay, por ejemplo.

Lo mismo pasó cuando estuve en Africa, donde yo me sentía en mi casa. La música era igualita en su rular a la que yo toco con los negros y si yo hubiera encontrado al noruego en Africa, no le hubiera hecho ningún caso. Iba a estar mucho más contento con los negros del Africa, que se parecen más a los negros de toda la costa atlántica y pacífica y con los que he convivido desde la infancia, que con el noruego.

Otra polarización que ha habido, ha sido la que yo podría llamar la de los integralistas optimistas y la de los escépticos. Entre los integralistas optimistas me parecieron de gran fortuna y muy simpáticos los folkloristas. El integralismo a través del folklore, (Yo pasaría a entregarle esta anotacioncita a la Comisión de Folklore). Me ocupo del folklore como profano y me interesa mucho para mi trabajo la integración folklórica que ha habido hasta ahora. Para ejemplo pongo casos: Joaquín Pérez Fernández, o los terribles ballets de un colombiano, que son espantosos, o un ballet mexicano que es un desastre, que no han hecho más que falsificar el folklore de todos los países latinoamericanos y convertirlo en un show. Esto me parece muy peligroso. Ellos, los folkloristas y entusiastas, marcaron los parecidos y basaron en estos parecidos de las tradiciones folklóricas latinoamericanas, una de nuestras posibilidades de unión. Sin embargo, yo creo que esto se debe estudiar muy a fondo, no sólo los parecidos, sino también las diferencias. Nuestros países no llegarán a una unidad real en el terreno cultural, si no se desarrollan independientemente también en todas sus diferencias. Como decía, parece que no han podido desarrollar sus características propias, pues las diferencias también llegarán a ser una forma de integración. Yo diría que la unidad latinoamericana



La palabra del poeta y novelista brasileño Gerardo Mello Mourao fue dicha en portugués. En una de las intervenciones más brillantes del Congreso, profundizó en las raíces americanas como poeta y como político (es diputado brasileño en exilio en nuestro país)

na es primero una unidad de mezclanza, ¿no? Aceptar esa mezclanza, aceptarla bien, porque aunque ustedes no lo crean, en el fondo, lo que nos lleva a no aceptar esta mezclanza, es un secreto, profundo, tapado y agazapado racismo. Que está metido dentro de nosotros, pero no sabemos dónde, pues está en los entreveros, en las entretelas, como decía Cervantes. Hay que aceptar esta mezclanza.

La otra unidad para mí, es la unidad de destino, de destino común, Esto también es lo más importante, el destino común a que nos vemos obligados en el mundo. A nosotros nos tienen entre la espada y la pared, nos tienen acorralados contra la pared. No es que nosotros vengamos aquí de buena voluntad a unirnos, es que nos obligan a unirnos; es que los imperialismos de toda laya y la historia nos ha obligado a unirnos. Nosotros somos países que jamás hemos hecho historia. Nos hemos disfrazado de Napoleones y



hemos representado en este teatro la opereta de nuestra historia, con nuestros tiranuelos y con quienes manejaban las cuerdas desde afuera. Toda esta historia terrible que nosotros hemos vivido, nos acorrala ahora, nos une necesariamente. Entonces, la unidad ante todo, es una unidad de destino. Tenemos un destino común y una unidad de hora. De hora digo, porque llegó la hora de nosotros, llegó la hora de hablar.

Como artista, me siento latinoamericano. Primero: porque tengo una temática riquísima con la cual puedo trabajar, una historia que nadie la ha tocado o casi nadie y que me la regalan toda para que trabaje con ella; un acerbo folklórico maravilloso por detrás, para yo trabajar con él; una tarea extraordinaria, algo que decir y sobre todo, porque como artista la-

tinoamericano, soy portador de seres que tienen un silencio de siglos.

No hemos hablado y vamos a hablar. ¿Qué les parece a ustedes que a uno, sobre todo a un actor dramático, cuya misión es hablar, nos regalen un silencio de siglos? Es el mejor regalo que nos pueden hacer. De modo que yo uno mi destino —como decía muy bien Fernando de Szyszlo— mi destino personal al destino latinoamericano. Así, si nos tenemos que ir del país donde vivimos —y eso puede pasar— sería bueno que Chile lo fuera pensando y que este Congreso creara una casa de exilados latinoamericanos. ¡Pero no nos sacan de América Latina! (Interrupción debido a las risas de la concurrencia)... hemos unido nuestros destinos a América Latina”.

## UN INTELLECTUAL AISLADO POCO PUEDE HACER Y EN AMERICA LATINA NADA IMPORTANTE SE HA INVENTADO: ANGEL RAMA

SR. MILLAS (Presidente). Tiene la palabra don Angel Rama, de Uruguay.

SR. RAMA. Creo que todos los problemas que nos estamos planteando aquí tienden a una integración exclusiva de América Latina. Aunque la palabra integración me parece también muy peligrosa, porque integrar significa, en primer lugar, reconocer cosas muy disímiles, que a mí me cuesta encontrar en América Latina, donde hay enormes cercanías y enormes proximidades. Decía que el problema fundamental que se nos plantea aquí, a hombres de cultura, dedicados a la tarea intelectual, es la opción que nos cabe como intelectuales y esa opción está obligada por una realidad concreta, que es la realidad de América Latina. A partir de eso, digo que los hombres dicen sí o no a una situación.

América Latina, al contener a 200 millones de hombres, con la tasa de crecimiento demográfico más alta del planeta —superior a la de cualquier comarca asiática— y con una tasa de crecimiento de las posibilidades económicas que de ninguna manera alcanza al crecimiento vegetativo de la población, es una comarca que se empobrece año a año, a medida que crece su población. Tomemos a Brasil. Un gigante. Ochenta millones de hombres, de los cuales más de la mitad son analfabetos y quienes, de acuerdo a sus leyes, no votan. No pesan en la conducción del país. Eso es América Latina. América Latina es esa situación lamentable, dolorosa. América Latina es una vergüenza

y ser de América Latina es una vergüenza. Hay que empezar, a partir de esa conciencia, en cierto sentido culposa; decir sí o no: esta es la situación.

Un intelectual es un hombre que integra una élite, no hay duda. Porque son las élites culturales las que desarrollan y acrisolan los fenómenos de la vida intelectual y son las grandes élites las que han hecho las grandes bases de la cultura. Pero una vez determinado esto, el intelectual debe decir si él quiere que esta creación de la cual él es capaz, debe seguir sirviendo para élites o debe ser puesta al servicio de un enorme número de seres humanos. Esto es lo que yo entiendo.

No quiero que el teatro que yo haga, sea para plateas de 30, 50 ó 200 hombres, o que la música que yo haga, sea para pequeños círculos, o que mis libros sean leídos por tres o cuatro mil hombres. Prefiero, en cambio, que haya millones de hombres que atiendan a esta creación, que sea para todos. Si tuviera que buscar entre grandes creadores de nuestro pasado, que han aportado en América Latina y que ya han dado las bases, sin duda existentes, de una cultura original y propia, yo los identificaría en uno solo: en la obra admirable de Martí.

A partir del momento en que digo que esa obra ha sido escrita para todos y que sigue viviendo y ayudándonos a vivir y que es necesaria; a partir del momento en que yo diga lo que quiero hacer también para todos, entonces tomo una posición en América Latina.